



Stafford, Brand y Slayton, norteamericanos, y los soviéticos Kubasov y Leonov.

U. R. S. S. - ESTADOS UNIDOS

El abrazo en las alturas

La «cita en el espacio» se ha producido con una maravillosa exactitud: el doble vuelo ha tenido incluso esos pequeños fallos en cuya administración los Estados Unidos son maestros, que vienen a demostrarnos el carácter «humano» de la organización y dar un aspecto de aventura a lo calculado. Comunican emoción y levantan un interés nuevo a los vuelos tripulados, que hace ya mucho tiempo que no producen en el mundo más que indiferencia —injustificada, sin duda— y hasta alguna hostilidad por la reflexión ya clásica de que los enormes gastos que requiere la llamada conquista del espacio estéril, y el empleo de inteligencias y medios, podrían dedicarse a resolver los problemas cotidianos de la vida en la tierra. Este doble vuelo organizado conjuntamente por soviéticos y americanos y coronado por el apretón de manos orbital despierta también algunas reflexiones de este tipo: la coexistencia, el acuerdo entre los países hegemónicos, debería reflejarse más en la vida de los hombres sobre la tierra que en hazañas espectaculares que tienen un aspecto de gran propaganda que molesta.

Todo ello no impide que el encuentro del «Soyuz» y del «Apolo» sea un acontecimiento realmente histórico, como subrayan sus organizadores. Unos y otros han tenido necesidad de comunicarse ciertos secretos técnicos que hasta hace muy poco tiempo se consideraban trascendentales para la defensa y la seguridad de cada nación: no olvidemos que en el fondo de toda la experimentación espacial hay un alto interés militar —y tanto en los Estados Unidos como en la URSS son militares los organizadores de la investigación del espacio, incluyendo los mismos astronautas—, sobre todo en el aspecto de investigación de proyectiles de alta velocidad y puntería y en el de la hipótesis de bombardeos atómicos desde el espacio, que pudiesen burlar las defensas y los sistemas de detección. Esta comunicación de secretos no se ha hecho sin algunas protestas interiores: tanto en Moscú como en Washington ha ha-

bido jefes militares y políticos de la línea dura que han considerado como «una locura» el experimento conjunto. Los argumentos más frecuentes en los Estados Unidos son los que denuncian que la capacidad espacial de la URSS es inferior y que los Estados Unidos están regalando enseñanzas técnicas que un día podrían ser utilizadas contra ellos.

Aparte del aspecto de símbolo y de propaganda, el vuelo tiene un aspecto real de cooperación. No solamente ha sido muy larga en la preparación, sino que va a serlo en las consecuencias. Un importante número de científicos y técnicos en laboratorios de los dos países recibirán y recibirán las comunicaciones de los hallazgos realizados por los astronautas y sus preciosos aparatos y estarán en comunicación continua para el análisis de los resultados. Los entusiastas de la operación indican que una serie de aplicaciones terrestres de las investigaciones realizadas serán ahora conjuntas, como por ejemplo en los aparatos electrónicos, en el estudio de ciertos materiales, en genética (se estudian en el vuelo la influencia de los rayos cósmicos, la ausencia de peso y el campo geomagnético en la transmisión hereditaria de algunos organismos), en geología, meteorología, inmunología, medicina...

En el aspecto del símbolo y de la propaganda hay que tener algún cuidado más. La impresión de colaboración entre los dos países, y el énfasis del abrazo en las alturas, pueden dar a entender ilusoriamente que el acuerdo general entre los dos países va más allá de lo que realmente puede. Ciertos aspectos de concurrencia política e imperial quedan absolutamente intactos, y ciertos mecanismos de guerra posible entre los dos países mantienen la misma agudeza.

El aspecto político del vuelo mantiene las líneas generales que se plantearon en el mundo a la muerte de Stalin, y que son, a bulto, las mismas que se observan en la conferencia de seguridad y cooperación en Europa (véase página 6) con cuyo final feliz coin-

cide prácticamente este vuelo. Es decir, un entusiasmo soviético con la cooperación y una reserva de los Estados Unidos acerca de su significado. La idea de la coexistencia pacífica es enteramente soviética, y ha sido muy lentamente aceptada por los Estados Unidos, que la consideraron siempre como un juego peligroso: en las zonas ultras de los Estados Unidos, como en las de otros muchos países occidentales, se sigue manteniendo que toda aceptación de la coexistencia es un «suicidio». Este tipo de pensamiento está representado por Solyenitsin, que ha aportado mayor pasión a un pensamiento de extrema derecha que se estaba agotando y desgastando en sí mismo. Para Solyenitsin se está desarrollando en el mundo un proceso: un «proceso de concesión perpetua, de abandono y más abandono con la esperanza de que el lobo habrá devorado ya lo suficiente» que en realidad está debilitando a Occidente y abriendo mayor apetito en el lobo... Y pide que haya una intervención sobre su país, o sobre el país que acaba de abandonar: «Yo os digo: intervenid más y más, intervenid todo cuanto os sea posible. Os suplicamos: intervenid, intervenid». El hecho de que Ford se haya negado a recibir en la Casa Blanca a Solyenitsin no indica más que una especial delicadeza política en el momento de la colaboración espacial y en las visperas de la conferencia de Helsinki, pero no quiere decir que su pensamiento sea distinto del de Solyenitsin: es el que él mismo mantenía y defendía en los años de la guerra fría, al lado de su jefe y admirado Nixon, cuando éste era presidente, y es el que ahora le está inspirando una nueva etapa de la guerra fría.

Para la URSS, toda forma de coexistencia es un éxito. Quizá ha acomodado su política práctica a una especie de sueño albergado en los años difíciles de la revolución: ser una nación entre las naciones, apartar el cerco, sentirse incluida de pleno derecho en el mundo. Para los Estados Unidos, en cambio, es una concesión en detrimento de otro sueño, el de la hegemonía mundial y el de la superioridad absoluta. Dentro de todos los fallos que puede tener esta interpretación que depende del siempre equívoco psicologismo político, es algo que se está viendo en los últimos trein-

ta años y que está patente en los análisis nacionales que se están haciendo del vuelo doble y de su éxito. Para un país que hace cincuenta años vivía en la edad media y el feudalismo tomar esta alternativa científica y técnica de manos del que entonces era ya el máximo exponente de estos valores y de la industria, es ofrecer una imagen de progreso fabulosa, una velocidad de asimilación al «mundo moderno» que pueden mostrar como una conquista peculiar de su régimen y, sin duda, de sus características nacionales. Esta conquista de futuro realizada por el comunismo soviético aparece comentada por la prensa de los Estados Unidos y por sus tradicionales ecos en el mundo occidental como conseguida por el sacrificio humano, a costa de unos presupuestos científico-militares que se extraen del nivel de vida del ciudadano y de su escasez; y hasta como una concesión de los Estados Unidos en facilitarle las cosas. «Estamos dando a los rusos el acceso a una tecnología superior —dicen algunos comentarios—; después de todo, es el sistema americano el que ha regido el ensamblaje de las dos naves y el que ha dirigido la maniobra y también las comunicaciones». Y su corolario: «¿Qué nos dan ellos a cambio...?».

Por eso conviene precisar que ciertas formas de guerra fría, o de competitividad, de enfrentamiento incluso, no dejan de estar presentes en esta exhibición de cooperación. Incluso el guiño de ojos que hacen algunos sabios, algunos políticos de los Estados Unidos, no deja de ser significativo: «Les estamos mostrando sólo lo que ellos saben ya... Les estamos dando secretos que ya conocían, o que aunque conozcan ahora no podrán utilizar porque les faltan otras claves, otros materiales, otras industrias... Lo verdaderamente valioso, lo verdaderamente importante, nos lo reservamos para nosotros... Incluso en este vuelo, los rusos no han hecho más que sufragar la mitad de los gastos, cuando nosotros nos beneficiaremos en un 80 ó 90 por ciento de la experimentación».

Todo ello forma parte de un gran complejo que se está desarrollando en el mundo desde hace muchos años y que, a pesar de todas las reservas que se puedan oponer, está dando unos resultados prácticos muy considerables en el camino del distanciamiento de las guerras y toda clase de enfrentamientos armados y en el de un entendimiento de hombres con hombres por encima de nacionalidades. Es lo que hace que este paso avanzado más que es el vuelo conjunto pueda ser considerado como histórico, e incluso como positivamente histórico. Sin perjuicio de que pronto pueda haber una regresión. Todo el largo camino desde la posguerra podría dibujarse en un zigzag de ciclos regresión-progresión: estos últimos son cada vez más profundos y de mayor duración; aquéllos, más breves y menos significativos. ■